



VENECIA. VENDEDORA DE FLORES.

CAPÍTULO XLI.

ROMA.

El Vaticano. — Las Guardias Suiza y Palatina. — El Papa y los Cardenales. — Rosarios benditos. — Hospital del Santo Espíritu. — Hoteles en Roma.

Luego que hube regresado á mi hotel de la visita que hice á las Catacumbas, vi que era ya la hora de ir al Vaticano á conocer uno de los objetos más raros de los que contiene el gran Museo de Roma: el Papa.

El Señor Enrique Angelini, que es un servicial y buen amigo de los Mexicanos, me había conseguido una tarjeta con ese fin, y luego que me puse el traje de etiqueta recomendado, casaca, chaleco y pantalón negros, corbata y guantes blancos, me dirigí al Vaticano.

Á lo que llaman Dios, se le puede hablar en mangas de camisa, no así á su representante, para cuya visita se exige ropa especial. Sus ojos se lastimarían con los trajes ordinarios y los harapos. ¡ *Vanidad de Vanidades!*

Había visto antes la Guardia Suiza que cuida la entrada exterior de aquel edificio, pero ahora conocí la guardia elegante y aristócrata, uniformada de casaca y pantalón azul, bota fuerte y espadín, compuesta de jóvenes de arrogante figura: esta es la Guardia Palatina y cuida las habitaciones del Papa.

ROMA.

401

Luego que presenté mi tarjeta, se me condujo á un saloncito casi cuadrado, adornado con elegancia y sencillez, en el que se hallaban sentadas como diez y seis personas.

El asiento que ocupé estaba casi á la cabeza de los que allí esperaban: á mi derecha, que era del lado de la puerta por donde debía entrar el Papa, tenía por vecino á un boliviano, á mi izquierda un brasileño, seguían dos sacerdotes franceses, y luego otras personas que por su aspecto parecían españolas ó italianas: toda gente de raza latina: la de más imaginación y la más dispuesta á creer.

Después de un momento de charlar en voz baja con mis vecinos el boliviano y el brasileño, que eran jóvenes y compañeros de viaje en Italia el uno del otro, se abrió la puerta que estaba á nuestra derecha y apareció un anciano, venerable por su cabello blanco, su fisonomía noble, el color blanco mate de su cutis, y lo flácido y caído de sus mejillas: de estatura regular, algo cargado de grasa, la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho, con paso difícil y lento, y con una vestidura blanca, que le daba el aire de una vestal; con guantes morados, un anillo en uno de los dedos de la mano izquierda con un gran topacio, y unas pantuflas blancas de bordado de oro.

Le precedían dos camaristas y le seguían su secretario y demás cardenales.

Los primeros pasos del Pontífice fueron hacia el boliviano y hacia mí que éramos los primeros de la fila: este vecino de la derecha y los demás visitantes estaban ya de rodillas.

Acercóse el Papa al primero de quien el camarero, leyendo un registro, le dijo el nombre y la patria, y dirigiéndole en francés algunas frases de cortesía le dió el anillo á besar; al pasar frente á mí, le di mis excusas al camarero, de un modo que las oyó el Papa, de que no podía hincarme por tener una rodilla *anquilosada*; al decir aquél, mi nombre y mi patria, México, me preguntó el Gran Sacerdote, en un castellano mal pronunciado: *Es V. de Puebla?* — No, Señor, de Tamaulipas, le respondí; y siguió pasando frente á los demás visitantes.

El primer sacerdote francés que estaba á la izquierda del brasileño, refirió al Pontífice que acababa de visitar la tierra santa y que antes de regresar á su patria había querido recibir la bendición de Su Santidad: éste le contestó que perseverara en predicar y defender una religión que estaba tan perseguida.

Con todos estuvo más ó menos comunicativo, sólo conmigo fué muy lacónico: no obstante mi excusa y el haberle hecho una inclinación ceremoniosa, no se conformó á mi falta de genuflexión. Comprendió sin duda que no era cierto lo de la *anquilosis*, y como no le di el tratamiento de Santo Padre, que es el usual, por eso, supongo, estuvo tan parco de palabras.

Yo dije una mentira, puesto que nada tengo en las rodillas; pero para salir

del paso, para mí imprevisto, era mejor una mentirilla que á nadie perjudica que cometer una descortesía.

Mis ideas de libre pensador se oponen á doblar la rodilla ante otro hombre.

Así que hubo terminado de recorrer la fila de visitantes, se dispuso á dar á toda la concurrencia su bendición papal.

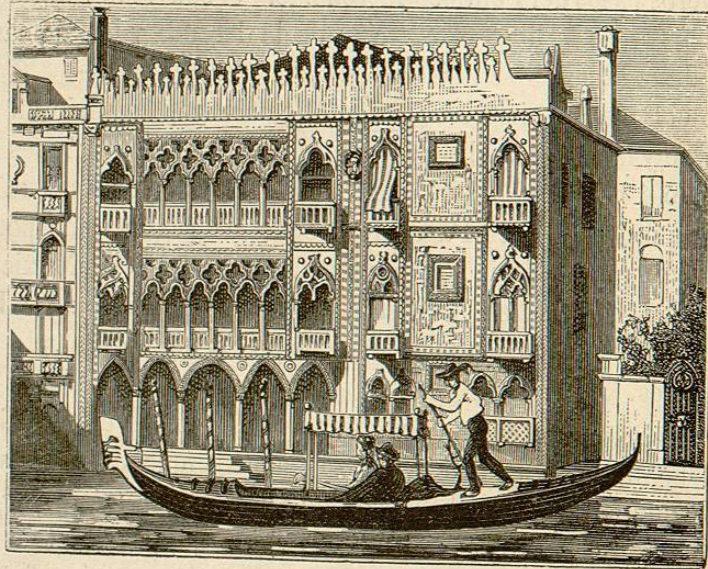
Uno de los camareros aprontó una bandeja con muchos rosarios, para que participasen de esta gracia, y el Papa levantando su mano derecha nos bendijo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Salí del Vaticano, más y más confirmado en mi modo de pensar sobre las religiones, y con la satisfacción de haber visto el objeto más raro de Italia.

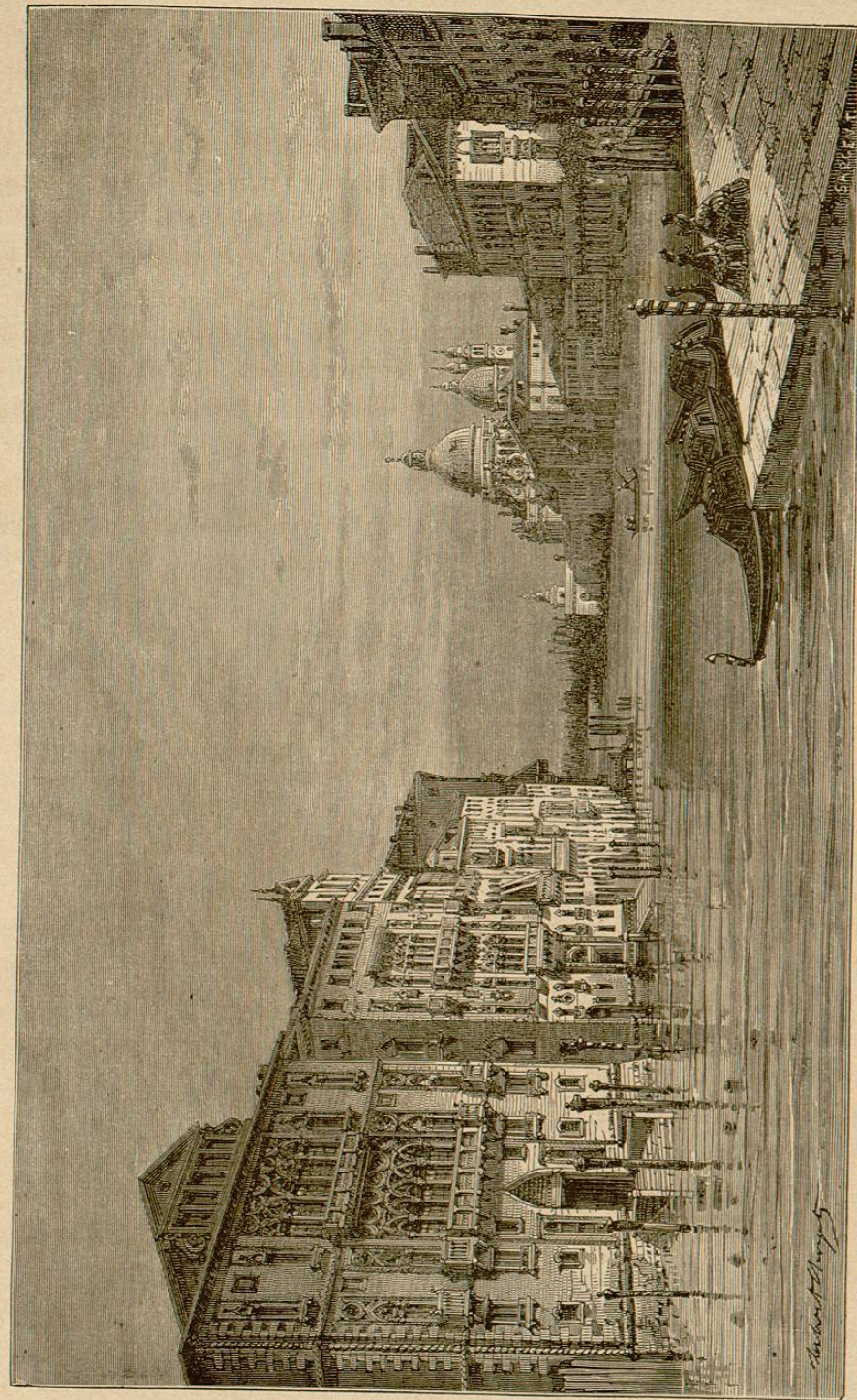
Apenas parece creíble, me decía, que al grado que han llegado las ciencias, haya aún hombres que pretendan dominar el mundo soñándose dioses.

Me fuí luego á visitar el Hospital del Santo Espíritu, que nada tiene de notable, sino es la cocina, que es limpia y muy bien organizada.

En los hoteles de Roma es en donde más se roba á los extranjeros, así es que casi siempre se sale despechado de esta ciudad: la impunidad de que gozan es una cosa que hiere y mortifica profundamente.



VENECIA. LA CA D'ORO.



VENECIA. ENTRADA DEL GRAN CANAL.

Paris. — Imp. Ch. Unsinger.